

Seis bertsos peliagudos y utópicos

Arantxa Urretabizkaia

Tal y como un soneto mandaba escribir Violante, o como una bertsolari a quien le dan un pie y tiene que construir a partir de ahí un bertso, me dispongo a apuntar algunas cuestiones.

Sin embargo, previamente he de dejar clara una cuestión. Cuando el equipo de Think Gaur me pidió que contribuyera a contrastar el inmenso trabajo que habían realizado, comprendí claramente que la tarea estaba fuera de mi tiempo disponible y de mis capacidades intelectuales. Me pareció que yo era un pájaro a quien se le pedía intervenir en un congreso de ornitólogos. Un pájaro capaz de reflexionar, pero cuyos conocimientos de ornitología son menores que los de una estudiante de bachillerato.

Decidí, entonces, centrarme sólo en aquellas cuestiones de las que me he ocupado durante décadas y alguna otra de más reciente incorporación a mis preocupaciones.

El primer bertso hace referencia a la exclusión de las mujeres del espacio público en pueblos de Euskadi. Los sucesivos gobiernos vascos vienen actuando para eliminar las discriminaciones a través de Emakunde. Pero los hechos vergonzosos e indignos de una sociedad presuntamente avanzada y democrática que ocurren en pueblos como Hondarribia o Irun, no son de recibo y no pueden continuar.

Estamos ante una cuestión convertida en problema con auténtico label vasco, donde no tienen nada que ver la pérdida Madrid ni el imperialismo yanky. Y tenemos que arreglarlo ya, si no queremos que buena parte de la Ley de Igualdad se convierta en papel mojado.

Es contradictorio firmar convenios con Confebask para la incorporación de las mujeres a sectores que hasta ahora les estaban vedados, como la industria (como acaba de hacer el Gobierno Vasco), y discriminarlas en el terreno de lo simbólico. Si una de nosotras puede ser y es vicelehendakari, no se comprende por qué otra mujer no puede tocar el tambor en las fiestas de su pueblo.

Para solucionar este problema (no es éste lugar para reflexionar sobre el origen del conflicto) bastaría con que miráramos a las muchas localidades que han encontrado una solución integradora sin muchos aspavientos.

Arantxa Urretabizkaia

Es contradictorio firmar convenios con Confebask para la incorporación de las mujeres a sectores que hasta ahora les estaban vedados, como la industria (como acaba de hacer el Gobierno Vasco), y discriminarlas en el terreno de lo simbólico.

A ello deberían contribuir la televisión y radio públicas difundiendo visiones favorables a esta reivindicación. Si se trata de ir modificando valores tradicionales en estos pueblos, ¿cómo es posible que programas como “Goenkale” o “Vaya semanita” y otros culturales e informativos, no hayan realizado una intensa labor de persuasión, de disuasión democrática?

Si la excusa de unos y otros alcaldes es la de la tradición fosilizada, ¿no debería EITB implicarse en la necesaria difusión del respeto a las mujeres en todos los terrenos, incluido el público, incluido el simbólico?; ¿no debería desenmascarar las supuestas actividades privadas en las que se han convertido los alardes de Irun y Hondarribia?

El espacio público ha estado tradicionalmente vetado a las mujeres, pero esta reivindicación, que está presente en Irun, Hondarribia y Laudio, lo estará pronto en más localidades.

El segundo bertso que lanzaría si fuera capaz, hablaría de la implicación de nuestras instituciones en lo que se refiere a política cultural. Creo que dice mucho de la no apuesta cultural de las instituciones post-dictatoriales el hecho de que proyectos tan importantes como el Archivo Nacional o el Instituto Etxepare sean, aún, sólo proyectos. Basta mirar a Catalunya para descubrir que allí se han planteado otras prioridades. Nosotros, mucha bandera (ikurriña), mucha barricada, mu-

cha manifestación y poca cultura. Esto tiene que cambiar de manera radical. Si exportamos trenes o máquina herramienta, tenemos también que ser capaces de exportar cultura.

En este sentido, incluyo como estrambote una propuesta concreta para el Instituto Etxepare: no debemos centrarnos sólo (no es poco) en defender, divulgar y favorecer el euskera. Hay millares de lenguas minorizadas en el mundo, cientos, seguramente, en Europa. Creo que estamos en posición de hacer algo más por esas leguas o, por lo menos, para que sean tenidas en cuenta. Mi participación (otoño de 2007) en unas jornadas sobre literatura de lenguas minorizadas en una universidad de Los Angeles, me dio una pista que desde entonces persigo con toda la tenacidad de que soy capaz. Resulta que en ese ámbito universitario los representantes europeos nos consideraban un referente de que lo que se puede hacer cuando se une voluntad política y dinero público (les faltaba incluir en el análisis, les dije, una factor definitivo, los euskaltzales). Hasta aquí no me pareció sorprendente.

Lo bueno vino después: africanos y asiáticos también sabían de nosotros, del impulso que el euskera había recibido en los últimos años. Pues bien, sólo hay un premio dedicado a reforzar a las personas que trabajan en la defensa de estas lenguas. Lo da la UNESCO en Catalunya.

Nosotros, mucha bandera (ikurriña), mucha barricada, mucha manifestación y poca cultura. Esto tiene que cambiar de manera radical. Si exportamos trenes o máquina herramienta, tenemos también que ser capaces de exportar cultura.

Creo que los vascos estamos obligados a socializar nuestra experiencia y que tenemos la capacidad y la obligación de ejercer un cierto liderazgo en esta cuestión. En una reunión organizada por el Ayuntamiento de Donostia para hablar de la futura capitalidad europea (en la que participaba como representante de Euskal Idazleen Elkarte) observé que los re-

presentantes del mundo euskaldun allí presentes tenían una sola perspectiva: saber qué se haría a favor del euskera si dicha capitalidad se confirmaba, qué porcentaje ocuparíamos en las distintas programaciones. Intenté que el proyecto incluyera un foro, alguna actividad que reuniera a hablantes de otras lenguas minorizadas europeas, que son también Europa. No sé si lo conseguí (lo dudo) pero sí sé que otras ciudades competidoras en esta cuestión con Donostia (Córdoba, incluso Iruña y otras que no recuerdo) no podrían ofrecer lo que Donostia sí puede.

La vejez no es sólo una cuestión asistencial.

El tercer bertso hablaría de nuestra sociedad y la vejez. Creo que la parte asistencial está bien recogida en el documento Think Gaur. Pero la vejez no es sólo una cuestión asistencial.

El reto es inventar una vejez activa, una vejez con proyectos de futuro distintos a la mera supervivencia asistida.

Fue mi generación la que, a finales de los sesenta, inventó con gran éxito la idea de que la juventud es el periodo álgido de la vida. Hasta entonces lo era la madurez. Pues bien, somos nosotros lo que tenemos la obligación de inventar una nueva manera de envejecer, ahora que la manera tradicional ha desaparecido casi completamente. No se trata, en mi opinión, de

exigir asistencia (que también) y sentarnos en un sillón buscando oídos que quieran escuchar nuestras batallitas. El reto es inventar una vejez activa, una vejez con proyectos de futuro distintos a la mera supervivencia asistida. Esto exigiría que las instituciones favorecieran nuevas formas de convivencia, nuevas formas de compartir vejez que aún no están formuladas. Eso sí, prepárense nuestras autoridades para vérselas próximamente con una generación de viejos y viejas mucho menos sumisa que las generaciones que nos han precedido.

Más prisa no significa más progresismo.

El cuarto bertso haría referencia al euskera, a la euskaldunización. Creo que en esta cuestión las posiciones de EAJ-PNV están situadas en la centralidad, en un sabio punto intermedio entre la radicalidad que exige más prisa, caiga quien caiga, y quienes creen que hay que ir muchísimo más despacio, esperando que la incorporación de nuevas generaciones solucione el problema de quienes no han podido/querido incorporarse a una sociedad bilingüe.

Creo que los hechos han dado razón a la política desarrollada desde el fin de la dictadura. Hemos avanzado enormemente, tanto que a la práctica totalidad de las personas de mi generación nos hubiera sido imposible imaginar o soñar el punto en el que estamos. A nosotros/nosotras y a quienes nos observan desde lejos. Más prisa no significa más progresismo. El mundo no se acaba con nuestra vida. "Gu jaió ginen enbor beretik, jaioko dira berriak".

El quinto bertso estaría centrado en la creación cultural vasca. En general, creo que nuestras instituciones tendrían que poner en la producción, difusión y exportación de los productos culturales vascos el mismo esfuerzo que ponen en ayudar a las empresas que producen máquina herramienta o trenes.

Somos una sociedad plural con muy pocos pluralistas.

Sé que las gentes de la cultura tendemos a ser muy críticas, incluso catastrofistas. Dadas, además, a protagonizar incidentes como el que un grupo de escritores montó cuestionando los

premios Euskadi, o los músicos, más recientemente, contra las ayudas a Kepa Junkera. Pues bien, a pesar de ello, pero sin olvidarlo, es necesario dar a los productos culturales la importancia que tienen.

El mercado estatal es un mercado natural para nuestros productos y, desde luego, habría que potenciarlo. Comenzando por Catalunya, Galicia, Andalucía y también Madrid. Sin ese mercado “inmediato” ni nuestros artistas ni nuestros creadores habrían conseguido desarrollar su trabajo al nivel en que lo han logrado.

Cabría plantearse también cómo hacer para que nuestros productos culturales pudieran ir accediendo a países con lengua castellana, con la colaboración (o sin ella) de organismos estatales. Ello supondría una gran implicación del Servicio Exterior Vasco y de los lobbys pro-vascos, particularmente las euskal etxeas. Podrían organizarse en dichos países días o semanas del cine y del audiovisual vasco, proyectando películas subtituladas en una u otra lengua, según hubieran sido rodadas.

Con iniciativas de ese orden conseguiríamos, cuando menos, ser conocidos en el exterior por algo más que los titulares sangrientos, ese sambenito que nos cuelgan en cuanto salimos de casa.

Y una cuestión menor, pero que creo que puede ser útil. Si caminamos hacia una sociedad

multilingüe, ¿sería factible que la televisión pública vasca (en su tercer canal, o en el cuarto, si lo hubiere) emitiera películas en francés o inglés, subtituladas, claro, en euskera, para que los oídos de nuestros niños y jóvenes se fueran enriqueciendo? Es algo que se hace desde hace mucho en países nórdicos y que funciona.

El sexto y último bertso, el más peliagudo y utópico, sigue a un pie que nadie me ha dado. Creo que las instituciones que nos gobiernan no deberían acudir, como tales, a ceremonias religiosas.

Somos una sociedad plural con muy pocos pluralistas. Y en esta pluralidad caben distintas religiones e, incluso, personas que no profesan ninguna. Pero no nos está resultando sencillo distinguir, a estas alturas, lo público de lo privado, a pesar de que la secularización de la sociedad vasca en las últimas décadas ha sido vertiginosa.

Pues bien, creo que las instituciones que nos gobiernan aquí y en todos los sitios, no deberían acudir como tales, ostentando la representación de todos y todas, a ceremonias religiosas. Salvo que lo hicieran a las de las muchas religiones que se profesan ya en nuestra sociedad.

Un punto que, en mi opinión, marca un gigantesco paso adelante en nuestra historia es aquél que distingue la vida pública de las convicciones religiosas de cada cual. Ahí hay que incidir, porque es ésta una reivindicación que se planteará más pronto que tarde.

Hasta aquí seis malos bertsos. Como decían los clásicos, haced caso de los posibles aciertos y perdonad los seguros errores.